

Crónica Literaria

684.595

El Niño Que Fue.
Ed. Nueva Universidad.

Hablamos el domingo último de este libro y sus once "niños que fueron", encabezados por dos niñas, María Luisa Bombal y Malté Allamand.

No erramos al presumir su alto interés y su viva atracción. Porque ocurre que los niños que fueron no han dejado de serlo y se les puede jugar como a través de ellos mismos, vistos por sus propios ojos, anunciados, denunciados.

Con todos sucede lo mismo.

La infancia de cada cual constituye como si dijéramos el programa de lo que el infante será con el tiempo. Porque, en verdad, venimos hechos a este mundo, como un libro escrito en otra parte que aquí nos limitamos a leer, página tras página, hasta el capítulo último.

Lo prueban los profetas, los augures, los videntes; de pronto, quien sabe en virtud de qué poderes, se saltan algunas hojas, y leen anticipadamente el porvenir. Si este no existiera ¿cómo lo conocerían?

Celebremos, pues, nuevamente a Guillermo Blanco y Patria Lutz: han preparado un gran documento para nuestra historia literaria al par que nos ofrecen una variada fiesta, nos proporcionan un espectáculo tan curioso que no se sabe cómo ni por dónde empezar a verlo.

Tal vez el que mejor encarna el desideratum de los aficionados a este género histórico, poético, infantil, donde hay o puede haber de todo (y estamos ciertos de que el hallazgo sorprenderá a no pocos, y que asimismo muchos lo discutirán), sea Juan Guzmán Gruchaga.

Desde luego, es el único que incluye rescatando en la realidad los elementos misteriosos y admite la presencia de fuerzas ignoradas, esas que ahora los sabios tratan de domesticar llamándolas parapsicología. Ningún otro parece haber tenido experiencias de ese género. O, si las ha tenido, no se atreve a contarlas.

Cierto que Juan Guzmán posee la inapreciable ventaja de pertenecer a una larga, ilustre e inquietante familia. Desde luego, no a cualquiera le ocurre la aventura de amar profundamente el fondo de su abuela, a las puertas de Santiago, íntimamente ligado a sus primeros años y tener que venderlo y abandonarlo, porque se lo iba comiendo poco a poco el río. A otros los devoraron el Banco, la Caja Hipotecaria, los intereses pesados de los dividendos atrasados: a "La Arcaya" se le tragó paso a paso, como un monstruo, el río. La ruina de su padre, el mayorazgo de Guzmán y Guzmán, la completó otro monstruo, un ladrón de levita que le robaba gimiendo y llorando pobrezas inexistentes para no pagarle deudas que existían.

Pero todo esto cabe dentro del orden natural.

En cambio, ciertos relojes, el de don Andrés, el de Daniel... El primero, llegado a su casa por un pariente helio, posee algunas de las "dificiles características de la familia", cuyas nerviosas reacciones (1) son a la vez imprevisibles e incalculables. Testigos de ellas sobran. El reloj de don Andrés era sensible hasta la hipersensibilidad.

Aunque grave, ceremonioso y acompasado como un Rector de Universidad, el temblor más mínimo lo paralizaba y sólo admitía que le diera cuerda la madre de Juan. Ella sabía reponerlo en su papel cronométrico y se ve que los dos se entendían. A la hora exacta de la muerte de ella, la maquinaria se detuvo, como para rendirle el homenaje de su inmóvil silencio. El reloj de Daniel de la Vega también tiene su secreto. Lo obligó a comprarse en San Salvador un librero de viejo bajándole hasta un precio ridículo ese Waltham de oro, antiguo y valioso, pero al que le faltaba una pieza maestra, imposible de hallar en parte alguna, por lo que constituyó sólo una curiosidad de colección. En tal calidad fue acompañándolo a través del mundo, vino a Chile, estuvo en Colombia, después en San Francisco de California. Aquí un relojero, tras desahuciarlo, como todos, le ofreció comprarle la tapa de buenos quilates, advirtiéndole que mandarle hacer la pieza esencial le costaría más que comprar otro reloj. Juan ya se había acostumbrado con él. Y rehusó. Hasta que un

día, invitado a almorzar por Daniel de la Vega, llegó tan exactamente a la hora, que el dueño de casa le dijo:

—Siempre puntual. Parece que usara Ud. uno de esos fantásticos relojes de otro tiempo. ¿Se acuerda de esos gordos Waltham, tan precisos que no se atrasaban ni adelantaban un minuto? Su poseedor que, poco antes, le había dado cuerda y, lleno de pánico, lo había visto echarse a andar con ese mismo tranco histórico que lo hacía famoso, lo sacó del bolsillo y le aseguró a Daniel que, justamente, le traía uno de regalo. Entendió así obedecer a una oculta voluntad de la máquina que lo había usado como vehículo.

Hay que tener cuidado, por eso, con alabar demasiado alguna de las maravillas que Juan Guzmán ha recogido en sus vagancias diplomáticas. Su vieja sangre castellana ignora el egotismo.

En los comienzos de su carrera consular, allá a los 18 años, hay un episodio de alta poesía. El y Jorge Hübner la cultivaban, un poco en secreto, porque el jefe administrativo de Juan odiaba a las musas y se las había prohibido a los empleados.

Se trataba del antiguo Tribunal de Cuentas. Juan omitió el nombre de su jefe, que sólo llama A. E. Por desgracia, fueron sorprendidos en flagrante delito y tal reprimenda recibió el culpable poeta que presentó, fundiéndola exactamente, su renuncia; pero el Almirante Huidobro, Presidente del Tribunal, que se sintió obligado a aceptarla, acababa de ser nombrado Ministro de Relaciones y puso a su disposición un Consulado en México.

¡Más le hubiera valido rehusarlo! Allí lo esperaban el hambre y el calor, la soledad y la pobreza. Hasta que resolvió definitivamente huir. ¿Son los consulados purgatorio de poetas y escritores? Recuérdense a Neruda en Java, a D'Halmar en Eton. Juan Guzmán encontró en Tampico un amigo que al despedirse creyó hacerle un gran presente obsequiándole tres espadas magníficas, una roja, otro azul, otro verde. El viajero temió al recibirlos: para él los presagios eran cosa seria. Poco después era el barco, azotado por el Golfo de México, el que hacía temblar hasta a los marineros, sobre la cresta de unos de los peores temporales. Cuando el naufragio parecía inminente y el pasajero vio el miedo hasta en los ojos del capitán, de pronto recordó sus espadas: le preguntó si cree en su maleficio y, de acuerdo con él, los arroja al océano. "Poco a poco el viento comenzó a amainar. Nuestra danza furiosa adquirió un ritmo siempre violento, pero más sereno. Las olas iban perdiendo su dureza y su brutalidad". En fin, que se salvaron.

El capitán, ya en paz, apoyado en la borda, le dijo en secreto:

—El monstruo se ha tragado, sin saberlo, tres grandes pastillas para el sueño, una azul, otra verde y otra roja.

Otra manifestación marina sobrecogedora fue la inmensa ola que casi lo sepulta junto con Roberto Suárez, en la playa de Cartagena, después de haber ido a visitar la tumba de Vicente Huidobro y de leer sobre su lápida:

"Se abre la tumba y al fondo se ve el mar"...

Pero no terminaríamos si continuáramos relatando los prodigios que hacen cautivadoras estas memorias infantiles. Y es hora de narrar el prodigio último, máximo, para saber cómo vino al mundo la más bella poesía breve de nuestra literatura, el soneto de Alvear de las letras nacionales, la que no es necesario nombrar para que empiece a recitarla nuestra memoria. Fue un nacimiento muy sencillo. El amor y la muerte lo presidieron y hubo también, como en el poema mismo, algo inexplicable, un tanto absurdo, del cual la belleza y la música brotan, como asiendo. Seguramente que don Eduardo de la Haza perdonaría gustoso a su nieta Eugenia cuando hizo sufrir al padre del poema hasta arrancárselo del corazón. Don Eduardo, traductor del Vaso Roto de Sully Prudhomme, era uno de los hombres más cultos de su tiempo, como fue su nieta una de las más hermosas del suyo.

ALONE

(1) Bástenos citar, para seguir esta vena esotérica de los Guzmanes y su poder oculto, el nombre de Benjamín, presidente de la Rama Yoga del Suddharma Mandala, tan en paz de tocar un plano situado a veinte metros de distancia como de ir a la India y volver en cuerpo astral, repartiendo por todas partes los beneficios de su misteriosa ciencia y de su bondad.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile